Maëszine



No. 1:
Vendrá la muerte
y tendrá tus ojos





Vendrá la muerte y tendrá tus ojos

Cesare Pavese

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
—esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo. Tus ojos
serán una palabra hueca,
un grito ahogado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando a solas te inclinas
hacia el espejo. Oh querida esperanza,
ese día también sabremos
que eres la vida y la nada.

Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como dejar un vicio,
como mirar en el espejo
asomarse un rostro muerto,
como escuchar un labio cerrado.
Nos hundiremos en el remolino, mudos.

………….
Fotografía: Leto Molina

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos

El Fanzine «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos » es iniciativa e incursión de lo que no murió del colectivo *Maës Vain*.

La muerte siempre nos rodea, especialmente en un país tan violento como este, particularmente en tiempos de pandemia. Al final somos seres insignificantes y la vida es vacío.

Animados por el poema de Cesare Pavese, en la traducción de Guillermo Fernández, decidimos darle el mismo nombre a esta publicación. Queremos que se unan a nuestras reflexiones y que los textos que aquí les presentamos les permitan comprender lo inasible de la existencia.

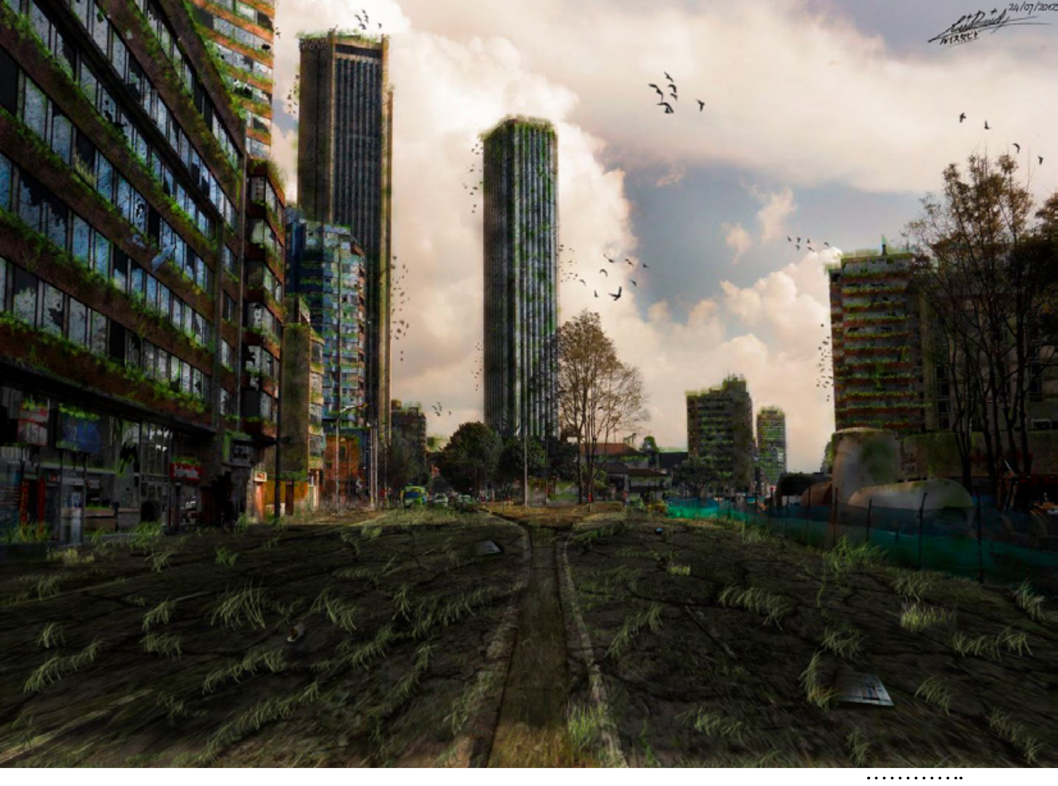
Hasta que desaparezcamos de este mundo,
Maës Vain

Algo parecido a dormir un naufragio

Tito S. Martínez

Death inspires me like a dog inspires a rabbit
Heavydirtysoul – Twenty One Pilots

Mi cuerpo como un instante agradable,
mi voz como un temblor pasajero y dañino,
mis versos como un mapa hecho pedazos,
la muerte como un perro que me persigue a paso de máquina sencilla.
Mis sueños como vidas ordenadas,
mi cara como un saco de boxeo,
mi vida como una larga pregunta,
la muerte como una madre que espera.
Mis ojos como cosas que se cansan,
mis días como breves incendios,
la muerte como una palabra sencilla.
Mis manos como bichos idiotas,
la muerte como las bendiciones que siempre envía mi abuela,
la muerte como una mascota que no nos quiere,
mi muerte como todas las demás:
insignificante.



Bogotá Postapocalíptica - Daka
Artstation: dakadibuja

Bogoterio

Rigoberto Jaimez Olarte
rjaimezo@unal.edu.co

Bogotá, 05 de mayo de 2070

En el viaje de nuestra vida, me encontré en una selva oscurecida por altos edificios al haberme apartado del camino a casa. En esta selva, áspera y fuerte, tu olor a fresas húmedas se abalanza sobre mí, por entre las sombras. ¿Recuerdas cuando aparecieron los almacenes de cadáveres? En su inauguración, cientos de personas estaban ansiosas por experimentar la muerte y regresar para contarlo. Formaban inmensas filas para entrar a las cabinas de fallecimiento inducido. Ahora, que ya no es una novedad, morir se ha convertido en una manera de ahorrar dinero y ganar intereses en bancos. Los adinerados derrochan en un mundo despoblado, mientras los pobres se confinan con la esperanza de que los bancos les paguen por usar los mínimos recursos. Se ha usado para deshacerse de las personas indeseadas, que incluso hay familias que prefieren enviar a sus ancianos a morir, solo para revivirlos en algunas festividades o eventos. La verdad no sé qué tanto se les pueda pagar a tantos muertos cuando vuelvan, porque los ricos están consumiendo al planeta sin mucha oposición. Tengo un mal presentimiento al respecto.

Bogotá, gracias a sus leyes flexibles con el fallecimiento inducido, se ha convertido en un resguardo de cadáveres. Sin pasar por papeleos, personas de todo el mundo vienen a morir aquí. Firman un contrato donde afirman morir voluntariamente por un tiempo establecido y entregan el número de su cuenta bancaria. Negociantes de todo el mundo han venido para convertir al hospedaje de cuerpos en el nuevo fuerte económico de esta urbe. A pesar del turismo que tiene Bogotá, por cuestión de negocios, las personas suelen estar de paso aquí. Ninguna persona de renombre vive ahora en lo que fue la capital del país.

Los habitantes nos convertimos en empleados de esta empresa nacional de almacenamiento de despojos, pero en el resto del mundo se nos ve como si estuviésemos enfermos. Los cerros son ahora la mortaja de estas calles, que yacen silenciosas como nunca. Ser bogotano ahora es sinónimo de mal augurio ante el mundo.

«¿Cómo van las cosas en Bogoterio, parce?» me preguntan mis amigos de Medellín cuando los visito.

Les conté que, debido a la leucemia de mi madre, tendremos que llevarla a una cabina porque no tenemos dinero para tratarla. Está un poco nerviosa porque ella nunca ha muerto antes. Tú sabes, para las personas muy creyentes siempre ha sido un tabú morir y volver. Si vinieras a casa, seguramente la calmarías muy fácil con tu verborrea. Yo, por mi parte, nunca sé qué decirle. Desde que te conoce, mi madre parece apreciarte más a ti que a mí. A menudo me pregunta si te he visitado. En esos momentos prefiero hacerme el sordo e ignorarla.

También les conté a mis amigos que hoy es el sexto aniversario de tu muerte. (Pasaré en estos días por tu cabina a saludarte, por cierto). Les dije que podía imaginar el momento en que, llevándote de la mano, te mostraría cómo ha cambiado la ciudad desde que estás allí. Precisamente cuando hubo menos gente viva en la ciudad, se terminó la construcción del metro. Así que cuando regreses, podemos pasear en los vagones vacíos para admirar a este inmenso cementerio que araña al cielo con pilas de tumbas de al menos cuarenta pisos. Y claro, escucharemos las canciones que prefieras. Desde ya te puedo contar que el sur está cada vez más lleno de barrios fantasmas, en donde familias completas van a las cabinas como si fueran las vacaciones de fin de año. Siempre que me desvío de la ruta al trabajo, para caminar por las calles del sur, la selva de casas vacías, selladas, me abraza con solemnidad. Cada casa es una lápida en espera de un epitafio. Curiosamente, a veces los grafiteros se los ponen.

Aún faltan cuatro años de esta larga década para que vuelvas. Espero que verme diez años mayor no te cause mucha impresión.

El mamífero que te espera,
Arturo.



Ojos
de perro azul

Carlos Murcia

Te miro silencioso desde la penumbra; con la voz quieta y apagados los ánimos. Te observo meticulosamente a contraluz, a pleno sol, en los pensamientos que persisten en tu figura cuando llega la ausencia. Te miro tratando de leer tu imagen, descifrar cada uno de tus códigos e interpretar tus enigmas. Reconociéndote en cada partícula y en cada átomo. Despacio para que no percibas la acción, ni identifiques mi presencia.

Te observo silvestre y anodina, pura como el agua de manantial; conmovida e impertérrita. Como un felino me deslizo sigiloso a través de tu sombra y penetro en tu oscuridad; en los terrenos vedados de tu planeta, más allá de las cosechas y de los sentimientos. Llego a la **muerte** y aún **después de la muerte**, te seguiré observando a través de los recuerdos que he dejado ocultos en algún lugar de tu habitación.

Espejismo

Carlos Murcia

Nunca imaginaron que después de la gestación comenzaría la cuenta regresiva hasta la desarticulación final. Los deslumbró el neón de los escaparates y el sonido de la electrónica. Se les olvido el vivir y la anatomía; el ruido de fondo que prevalece contra la monotonía y el hartazgo. Envejecieron en una nube, oxidados hasta los átomos y con el miedo recurrente de encontrar su propia muerte.

Chema Madoz



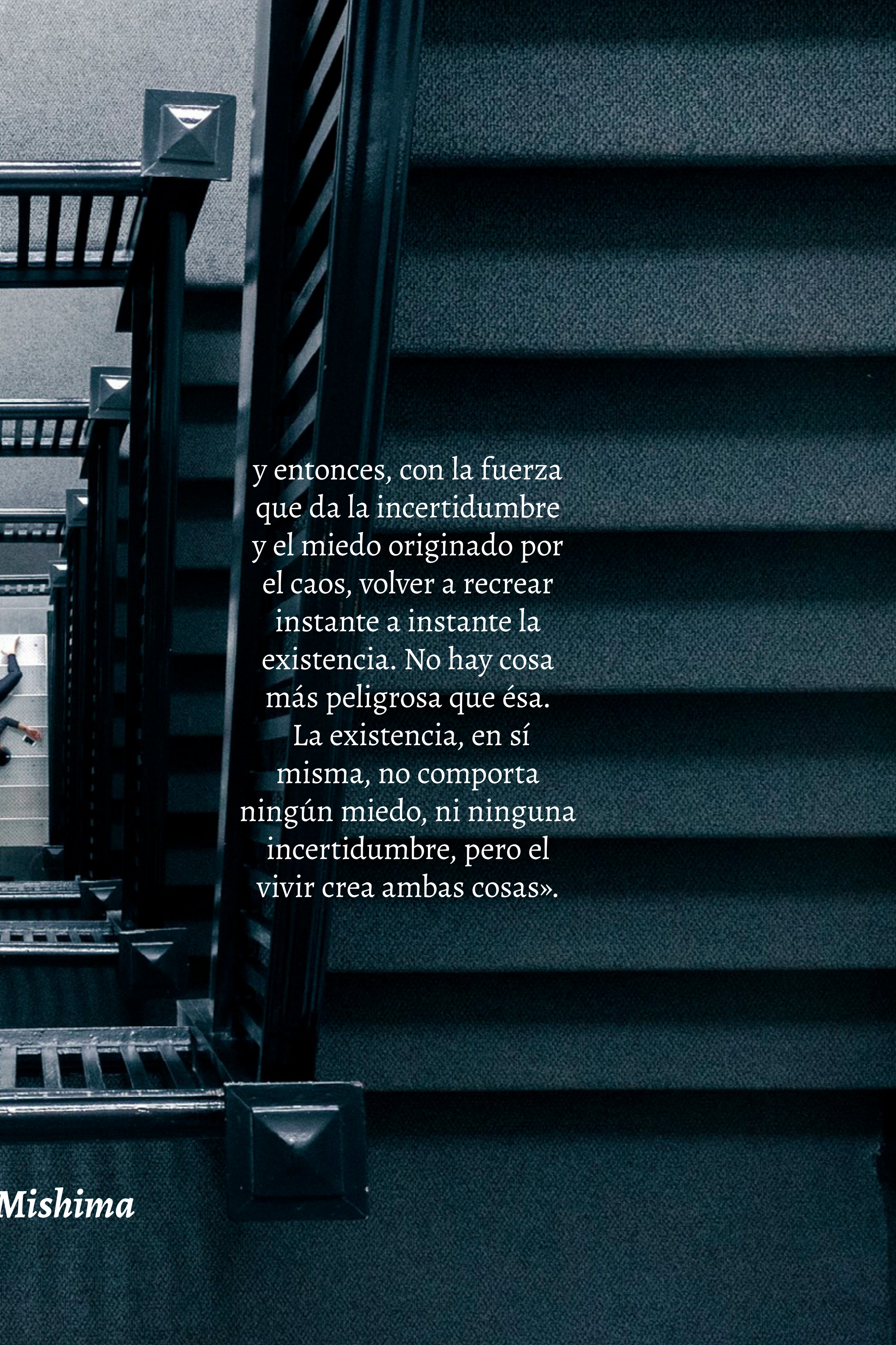


Cabezas de Cástor y Polux - Salvador Dalí

Primero una suave película de jabón desprendió la mugre superficial de su cuerpo; luego las capas de piel más profundas fueron expuestas por la abrasión mecánica. Una prolongada inmersión en acido disolvería tejidos y órganos; entonces las impurezas remanentes se incineraron a temperaturas criticas dejando desnudos átomos y moléculas. Después la desinfección cumpliría su objetivo borrando cualquier vestigio de la humanidad de Juan Ruiz, un fanático de la limpieza.

Carlos Murcia


«El verdadero peligro
no radica sino en vivir.
Claro está que vivir no
es más que el caos de la
existencia, y más aún:
es el afán loco y erróneo
de ir desmantelando
instante a instante
la existencia hasta ver
restaurado el caos inicial,
Yukio



y entonces, con la fuerza
que da la incertidumbre
y el miedo originado por
el caos, volver a recrear
instante a instante la
existencia. No hay cosa
más peligrosa que ésa.
La existencia, en sí
misma, no comporta
ningún miedo, ni ninguna
incertidumbre, pero el
vivir crea ambas cosas».

Mishima

Death - *Laura Pinzón*



La sábana

Johan González

Ese día era un niño. Llovía a medianoche. Las tejas de zinc rugían: al parecer estaban siendo reclamadas por la ventisca. La soledad de mi habitación. La barrera impenetrable de mi sábana protegiéndome de todos los males naturales y sobrenaturales. La luz muda que solo dura un instante se anunciaba perezosamente en la ventana. Tres segundos más tarde, llegaba cansado el sonido del alma de una nube colapsada que aterrizó a través de un rayo blanco. El viento cesó, pero la percusión de la lluvia continuaba. Sentí sueño con la canción de las gotas. De pronto pensé que ya no necesitaría más mi sábana impenetrable. Gran error. Justo cuando me la iba a quitar apareció frente a mí otra luz. Esta luz, en lugar de ser muda, gritaba. Su grito era muy blanco, lo suficiente como para dejar sordos a mis ojos por un momento. El sonido llegó al mismo instante, pero no estaba cansado: llegó con mucha energía, como la de un sol que explota y se apaga. En efecto todo en mi casa se apagó. Los rayitos prisioneros de sus redondas celdas de cristal fueron liberados por el rayo mayor. Mientras tanto, yo volví a cubrirme con mi sábana impenetrable. Estaba muy asustado, pero sabía que escondido en ella, el rayo mayor no me podría tocar. El tamborileo de la lluvia se terminó de repente. Mi casa era una noche dentro de una noche y yo solo grité. Ella acudió al llamado, como siempre. Me abrazó y me dijo que todo estaba bien: no era necesario esconderse debajo de las sábanas porque solo se trataba de un rayo que fulminó el transformador de la esquina. Yo me quité la sábana de inmediato, no necesitaba protección frente a mi mamá y el arrullo de la canción de todas las noches.

Treinta años después, nos encontramos juntos, esperando el ascensor para ir abajo. A ella siempre le han dado miedo los hospitales, no soporta ni una inyección ni el diagnóstico fatídico de un doctor. En este momento debo ser fuerte por los dos, así como ella lo fue hace treinta años conmigo. Quiero tranquilizarla con mis palabras, pero el camillero no para de parlotear sobre trámites y papeles. Quisiera decirle que todo está bien, cantarle la canción de todas las noches, pero ahora es ella quien tiene la sábana impenetrable cubriéndola de pies a cabeza. Ahora es ella la que está sorda de blanco y de luz.

—Lo siento, pero no puede bajar a la morgue. Diríjase a la capilla para que le cuenten sobre los servicios funerarios.

Las puertas del ascensor se cierran. No sé porqué estoy más molesto: por haber olvidado la canción de siempre, o porque se me olvidó decirle al camillero que no le quite la sábana impenetrable: a ella le puede dar miedo.

Una compañera constante

Carlos O. C. F.

La primera vez que la avisté y me hice consciente de su permanente acecho, tenía dieciséis. Hasta entonces, la única noción que tenía de ella era la de esa dama incierta que se llevaría a todos una vez fueran ancianos. Sabía que la realidad era diferente, por supuesto; que la gente moría; pero esa fue la primera vez que el hecho me embistió de frente, y expulsó todo el aire de agonizante infancia que aún me quedaba.

Se llevó a Cataño. Se lo llevó; era menor que yo; ni siquiera me había caído bien nunca. Aún así, cuando vi esa foto suya tendido sobre una enorme piedra (maldito sea ese periódico amarillista), y recordé nuestras conversaciones vanas de niños de octavo, una vocecita en mi cabeza susurró por primera vez: «moriré». No fue solo el hecho en sí mismo, sino la certeza. La certidumbre de que podría venir por cualquiera, en cualquier momento; la certidumbre de la incertidumbre.

Fue angustiante, mas no desesperante: debía haberse ido a un lugar mejor; todo pasaba por algo, y si ese era su destino, no sería el mío; a mí me esperaban grandes cosas. La idea del destino me reconfortó en ese momento. Me reconfortó durante un par de años después de eso. Todo cambió cuando empecé a darme cuenta de lo azaroso de la existencia, de la improbabilidad de que hubiera un ser superior a cargo de todo, y de que lo más seguro era que, así como nos sacaron de la tranquilidad de la nada al hacernos nacer, a esa misma tranquilidad volveríamos al morir.

Solo entonces, la desesperación se asentó; esa desesperación de la que, a los veintiún años, no logro deshacerme. La Muerte no me ha abandonado desde entonces. Tal vez eventualmente halle la manera de vivir en paz con ella. La idea de vivir plenamente es la que más se ha acercado a permitírmelo, pero el saber que tal vez salga hoy de casa y un camión me aplaste antes de volver, mi compañera constante termina arraigándose en mi cabeza, y la desesperación regresa. Se hace especialmente insoportable al llevarse algún amigo. Me ha sorprendido la frecuencia con que lo hace. En esos momentos solo logro preguntar: ¿Cuándo me toca a mí?

Es posible que alguna vez encuentre a Dios, y la certeza de que mi conciencia no cesará cuando muera hará que el temor se disipe para siempre. A muchos les ha ocurrido. Ojalá así pase.

Antes dije que volveríamos a la tranquilidad de la nada; es curioso cómo la idea de la tranquilidad puede resultar desesperante. Y a pesar de todo, en este mundo azaroso, nuestra amiga es la única certidumbre que tenemos; que se lleve el premio mayor quien logre hallarle sentido a todo esto. Algún día, el miedo se irá. Solamente espero no morir antes de que lo haga.

Carta desde el otro lado del charco

¿Reseña de *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett?

Madre:

Si me mato mañana, si mis pensamientos encuentran al final de su espiral un hoyo sin fondo, si explota mi cuerpo y deja en el aire un «plop» corto y luego un largo silencio, quiero que leas este libro. Verás un testimonio de una madre con un hijo suicida, así como lo somos tú y yo, y como lo son muchas madres de esta generación, producto y desecho tóxico del estrés y la desilusión. Puede que llevado un tiempo te agote su afán de contundencia y de reflexión «profunda» —después de todo, es natural tomar ese tono cuando se le intenta dar sentido a algo—; pero no quiero que pierdas de vista lo importante: con esta recomendación espero que entiendas que el suicidio es un hecho confuso, una paradoja que es al mismo tiempo un acto de valor y cobardía —valor por decidir irse, cobardía por escapar de todo—, de odio y amor con el mundo, y de egoísmo y abnegación con las personas cercanas. Luego de leerlo, ¿entenderás que yo odio al mundo lo suficiente como para desear no seguir participando en este show

«¿De qué tamaño es el dolor del que se despide de sí mismo?»

—no respirar más por favor el mismo aire que Garavito o Uribe Noguera—, al tiempo que lo amo tanto que quiero librarlo de la carga que supone alojar a un ser humano repleto de fracasos, que come tres veces al día?, ¿te parecerá mentira que aunque los suicidas seamos vistos como personas egoístas —porque nos negamos a compartir más experiencias con los nuestros—, los que vestimos de azul pastel y de tristeza nos sabemos una carga para los otros y por eso preferimos callarnos, alejarnos, ocultarnos, matarnos, antes que enredarlos con nuestras divagaciones y jalarlos hacia la nada? ¡Cuántas veces no he entristecido a los que me rodean con mis consultas existenciales!

En el libro, la madre/autora regresa sobre los recuerdos de su hijo y los mira con el velo de la muerte autoinflingida. ¿Qué pensarás tú, madre, cuando recuerdes aquellas semanas en las que no tenía hambre o los días enteros en los que me encerraba en el cuarto y no me paraba de la cama? ¿Qué significará entonces para ti cada vez que te dije «estoy cansado», «tengo ganas de quedarme durmiendo»?

«Pero ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse».

Al principio del libro, la madre/autora habla del aturdimiento y la falta de sentido que mana de un cuerpo sin vida, y eso me hace preguntarme, si ya de por sí sería difícil esconder el cuerpo en un asesinato, ¿cómo podría esconder mi cuerpo para evitarte el sufrimiento de verme demacrado?, ¿cómo esconder el cuerpo cuando uno es al mismo tiempo víctima y victimario? Después, la madre/autora narra los antecedentes al suicidio de su hijo, las visitas al médico, las crisis, los llamados de atención e intentos previos. ¿Recuerdas, madre, cuando me llevaste con el bioenergético, los sobres de paroxetina escondidos en los cajones y la vez que me preguntaste por las cicatrices de mi brazo izquierdo? Más adelante, la madre/autora intenta explicar la muerte del hijo, ahondando en su historia más reciente. Y por último, además de cerrar con una imagen similar al poema «La carroña» de Baudelaire o a la hierba que brota de las

grietas del asfalto y que a mí me da tanta esperanza, la madre hace una meditación acerca del escribir sobre el suicidio de una persona amada.

Madre mía, tú puedes tomar estás partes como un modelo o hacer las tuyas propias. Lo único que espero es que algún día, fermentado el trago amargo, tú puedas escribir con lápiz y papel o con voz y viento algo sobre nosotros y que así podamos ser, de nuevo, los dos, sin necesidad de terceras representaciones. Respecto a la muerte de mi abuela —tu madre— escribí que la muerte era un paso de la dimensión corporal a la dimensión de la memoria. Y puede que el hilo de ese/tuyo relato hipotético se convierta en un nuevo cordón umbilical que me deje ir lo suficientemente lejos como para no hacerte más daño y que me mantenga lo suficientemente cerca como para no borrar todos los recuerdos, si eso es lo que deseas. Tus palabras serán el único alimento que podrás brindarme y el único que siempre he necesitado.

«Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba».

Amándote ahora y siempre, escribe:

David Larruos

Últimas palabras

A modo de cierre

Este fanzine no hubiese sido posible sin la participación de todos nuestros lectores en la convocatoria de textos e imágenes. A ellos muchas gracias. Esperamos seguir muriendo juntos.

EQUIPO EDITORIAL
John F. Güechá «El taciturno»

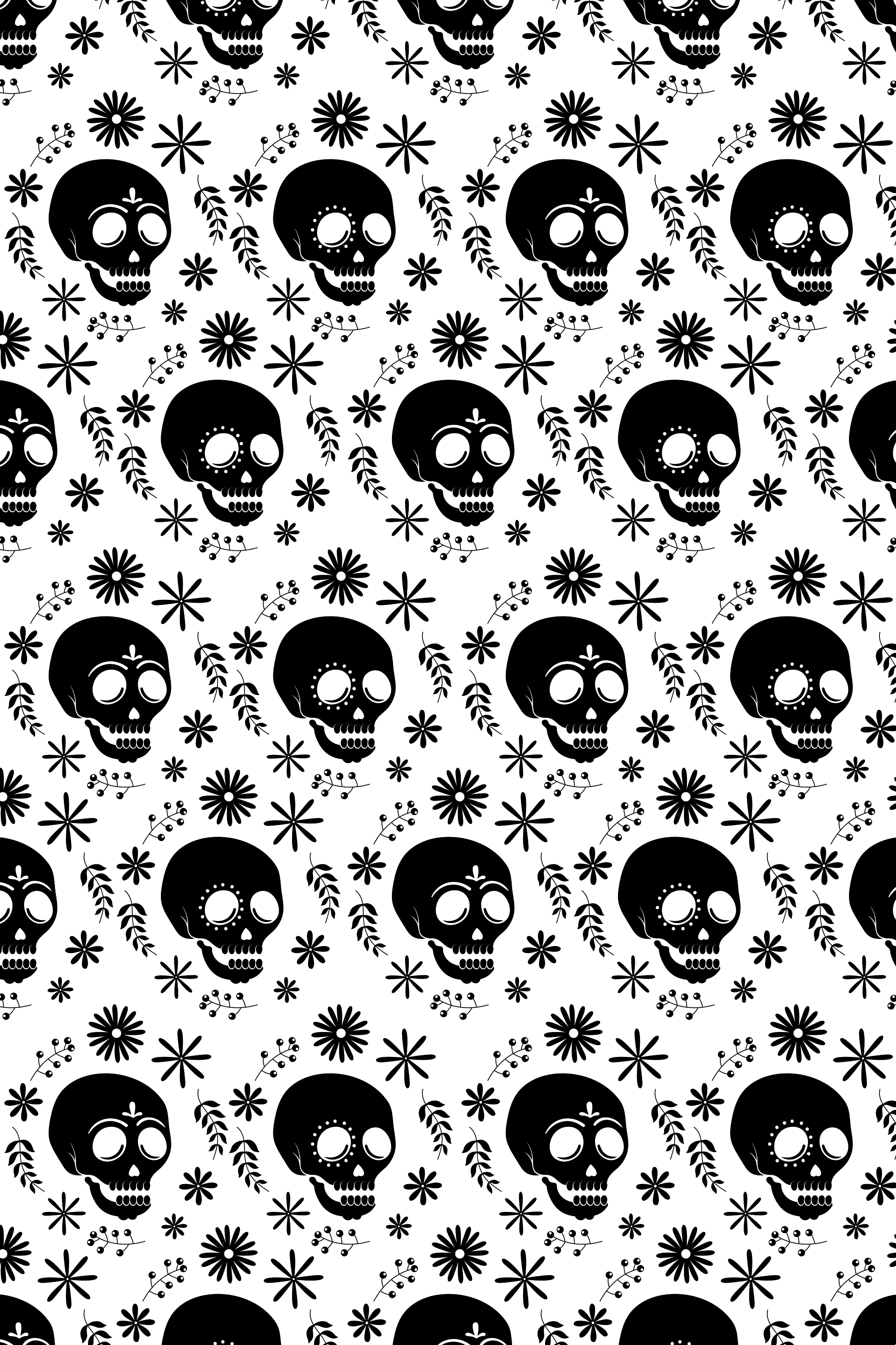
Diseño y diagramación
Yojiro Michima «El etéreo»

Idea
Atti Smeth «La sin apodo»

Agradecimientos especiales
Leidy Yolima Martínez
Luis David Castillo

Junio, 2020.

www.maesvain.wixsite.com/inicio




Mães Vain
7 de agosto de 2018
21 de junio de 2020
Somos uno y somos varios
Unidad y f-r-a-g-m-e-n-t-o
Aire, materia, sedimento
No sobrevivió al
COVID-19